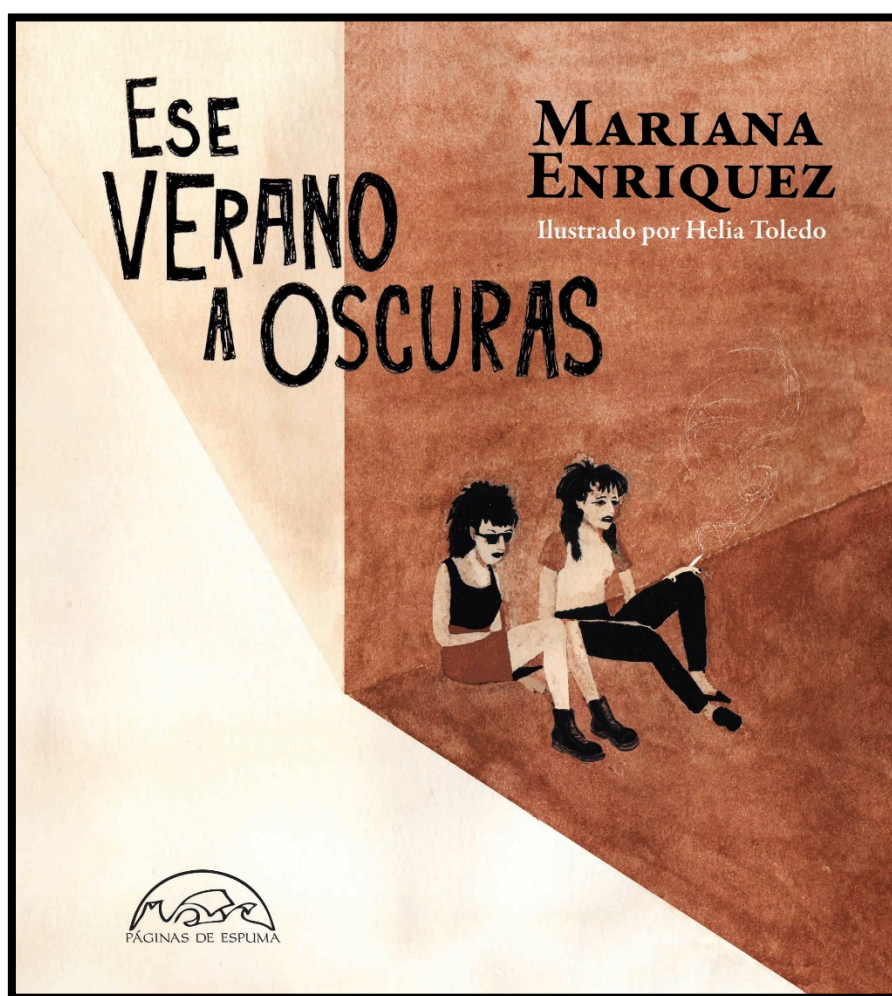


Mariana Enriquez

Ese verano a oscuras

Ilustrado por Helia Toledo



Editorial Páginas de Espuma
91 522 72 51 || ppespuma@arrakis.es
Información: www.paginasdeespuma.com

La maestra de la oscuridad

Maestra imprescindible de la literatura argentina contemporánea, Mariana Enriquez ha consolidado una obra de primer orden. En su obra se distorsiona la realidad hasta alcanzar un grado de fantástico que va de la inquietud al terror. Lo insólito, lo siniestro y lo oscuro son “marcas” de su estética.

Un calor que no da tregua. Una noche cuya oscuridad se alarga. La adolescencia y su rebeldía y las primeras experiencias. «No había mucho más que hacer ese verano», leemos. A partir de ahí, una enorme historia que se abre a tantas posibilidades como lecturas: crisis y memoria de una dictadura, incógnitas e inquietudes, desencanto y búsqueda. Personajes que se ahogan y dudan. Asesinos en serie, lo siniestro y la enfermedad. Música y consecuencias. Eso es lo que Mariana Enriquez –cuya capacidad para distorsionar la realidad no deja de acumular y sorprender a muchísimos lectores– nos entrega en este libro ilustrado por Helia Toledo, con un espectacular debut editorial que no solo dialoga con el texto, sino que lo lleva a más formas de mirarlo y de leerlo.



Sobre Mariana Enriquez se ha dicho: “El terror, en los cuentos de Mariana Enriquez, se desliza como un jadeo de agua negra sobre baldosas al sol. Como algo imposible que, sin embargo, puede suceder”, LEILA GUERRERO; “sus cuentos indagan en lo que da miedo, lo que se trata de mantener oculto en la vida cotidiana pero palpita, habla, desea, desaparece y vuelve a aparecer y siempre habita los mismos espacios que nosotros”, GABRIELA CABEZÓN CÁMARA.

Mariana Enriquez

Mariana Enriquez nació en 1973 en Buenos Aires, Argentina, donde vive. Es licenciada en Periodismo y Comunicación Social, subeditora del suplemento Radar del diario *Página/12* y docente de periodismo narrativo en la Universidad Nacional de La Plata. Publicó las novelas *Bajar es lo peor* (Espasa Calpe, 1995- Galerna, 2013), *Cómo desaparecer completamente* (Emecé, 2004) y *Este es el mar* (Random House, 2017), las colecciones de cuentos *Los peligros de fumar en la cama* (Emecé, 2009- Anagrama 2017) y *Las cosas que perdimos en el fuego* (Anagrama, 2016), la nouvelle *Chicos que vuelven* (Eduvim, 2010), los relatos de viajes *Alguien camina sobre tu*



© Louise Oligny

tumba. *Mis viajes a cementerios* (Galerna, 2013), el perfil *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo* (Ediciones UDP, Chile, 2014- Anagrama, 2018). Su libro, *Las cosas que perdimos en el fuego* fue traducido a 22 idiomas, recibió el premio Ciutat de Barcelona a mejor obra en lengua castellana en 2016 y el 3° Premio Nacional de Literatura por relato corto en Argentina, 2018. Ha publicado relatos en medios como *The New Yorker*, *Granta*, *Freeman's* y *Electric Literature*.

Helia Toledo



Helia Toledo (Madrid, 1994) estudió Comunicación Audiovisual. Tras distintos trabajos de escenografía y animación, su vocación se va reorientando hacia el dibujo, e ingresa en la Escuela de Arte 10 de Madrid, donde estudia Ilustración. Desde entonces, su trabajo se centra en la ilustración, la pintura y el diseño. *Ese verano a oscuras* es su primera publicación de cuento ilustrado.

Entrevista con Mariana Enriquez

¿Cómo puede ser para Mariana Enriquez relacionarse con este universo, de una estética manifiesta y de una propuesta definida, si adquiere imagen, un referente visual que acompaña a sus palabras?

Puede ser muy revelador. Nunca sé cómo me leen los demás: cuando escribo tengo imágenes muy definidas, algunos recuerdos más o menos incompletos de ciertos espacios que me inspiran o relacionados con el tema sobre el que escribo, otros escenarios elegidos especialmente. Me da muchísima y placentera curiosidad saber cómo aparecen esas imágenes mentales en la imaginación de un lector y sobre todo de un lector que, además, produce su propio texto con imágenes.

La adolescencia como punto de partida para dialogar y reflexionar. Una etapa tan hambrienta en nuestras vidas dota a los personajes una mirada abierta ante todo lo que sucede. ¿Es la herramienta perfecta para un cuento que aglutina muchas intenciones?

En este caso, mi propia adolescencia transcurrió durante una crisis económica argentina signada por los apagones de electricidad y el desempleo. Cuando la adolescencia, que es una etapa de riegos y posibilidades, y de cierta impunidad y omnipotencia, choca con un contexto donde las posibilidades de un futuro, cualquier futuro, parecen cortadas o improbables, creo que literariamente permite una mirada muy potente. Toda la potencialidad choca con la crueldad de un país roto y eso produce un contraste muy interesante.

Un calor que no da tregua. Una noche cuya oscuridad se alarga. Personajes que viven casi ahogados -algunos serán ahogados literalmente-. Esta atmósfera tiene una intención de lectura política muy evidente. ¿Profundizamos en las consecuencias de la noche de la dictadura militar?

Es un relato situado en la posdictadura y creo que la tematiza. Después de los primeros años de euforia que siguieron a la caída de la dictadura, Argentina sufrió una crisis económica brutal que desencantó a los ciudadanos del enamoramiento con el primer gobierno democrático después de una dictadura sangrienta. Ese desencanto fue asfixiante. Recuerdo que el slogan del presidente Alfonsín era “con la democracia se come, se cura y se educa” y la verdad, ninguna de las tres cosas estaban pasando de una manera satisfactoria. Era, además, un momento de “destape”: en las revistas, la vida cotidiana, la televisión, se contaban los hechos perversos de los años de la dictadura constantemente: por fin se hacía real, se podía hablar de esa violencia y el relato era constante, muy presente y sumamente brutal. Los generales fueron juzgados: los testimonios de las víctimas se daban a conocer. Lo asfixiante de esos años era por un lado el desencanto y, por el otro, conocer al fin qué había pasado en la dictadura en sus detalles más explícitos y francamente alucinantes.

Otra noche fue la del SIDA. La enfermedad que nace con la década de los 80. El cuento se interna en la condena y el juicio sumarísimo que parte de la sociedad hizo de los enfermos. ¿Qué determina en su cuento esta irrupción?

La época. A la crisis y la salida de la dictadura se le sumaba que los jóvenes, una vez libres, al fin –hay que pensar que en 1982 fue la guerra de Malvinas, otra masacre de jóvenes-- cuando al fin podían salir al mundo sin temer, o temiendo menos porque los efectos de la dictadura no se van de un día para el otro, a la represión, de pronto tenían un enemigo cercano, íntimo y letal y que, para colmo, estigmatizaba la sexualidad y la diferencia. Creo que es un cuento, también, sobre el “lado oscuro” de los 80, que suelen verse como años muy liberadores. Lo eran, y al mismo tiempo en Argentina al menos, fueron años muy duros y destructivos.

La música está presente en cada resquicio de su cuento. ¿Qué banda sonora tiene un verano sofocante y una noche tremenda en todos los sentidos?

The Cure. En esa época, una banda argentina que se llamaba los Redonditos de Ricota, pero a mí no me gustaban. Yo, como las chicas del cuento, siempre estaba tratando de encontrar obsesiones que me alejaran de la realidad. Para ellas son los asesinos seriales, que a mí también me gustaban, pero no como una obsesión; en mi caso, era la música y lo sigue siendo.